



LA SANGRE DE AENARION

TYRION Y TECLIS. LIBRO I

WILLIAM KING

timun**mas**



Ésta es una época oscura, una época sangrienta, una época de demonios y de brujería. Es una época de batallas y muerte, y del fin del mundo. En medio de todo el fuego, las llamas y la furia, también es una época de poderosos héroes, de osadas hazañas y grandiosa valentía.

Son tiempos aciagos. A todo lo largo y ancho del Viejo Mundo, desde las tierras del Imperio humano y los caballerescos palacios de Bretonia hasta Kislev, rodeada de hielo y situada en el extremo septentrional, resuena el estruendo de la guerra. En las gigantescas Montañas del Fin del Mundo, las tribus de orcos se reúnen para llevar a cabo un nuevo ataque. Bandidos y renegados asuelan las salvajes tierras meridionales de los Reinos Fronterizos. Corren rumores de que los hombres rata, los skavens, emergen de cloacas y pantanos por todo el territorio. Y, procedente de los salvajes territorios del norte, persiste la siempre presente amenaza del Caos, de demonios y hombres bestia corrompidos por los inmundos poderes de los Dioses Oscuros.

Los altos elfos, una raza antigua y orgullosa, parten de Ulthuan, una isla mítica de ondulantes llanuras, escarpadas montañas y ciudades resplandecientes. Gobernada por el noble Rey Fénix, Finubar, y la Reina Eterna, Alarielle, Ulthuan es una tierra rebosante de magia, famosa por sus magos y poseedora de una historia terrible. Grandes marinos, artesanos y guerreros, los altos elfos protegen su patria ancestral de enemigos cercanos y lejanos. Especialmente de sus malvados parientes, los elfos oscuros con quienes están enzarzados en una terrible guerra desde hace siglos.



PRÓLOGO

*Año septuagésimo noveno del reinado de Aenarion,
acantilados de Skalderak, Ulthuan*

Desde lo alto de los acantilados de Skalderak, Aenarion bajó la mirada hacia el campamento enemigo. Los fuegos de los adoradores del Caos ardían en la oscuridad, superando en número a las estrellas. Había cientos de miles de monstruosos enemigos allí abajo, y aunque los matara a todos y cada uno de ellos, acudirían más.

Iba a morir. Todo el mundo iba a morir. Nadie podía hacer nada para impedirlo. Lo había intentado con toda su enorme fuerza, con toda su mortífera astucia, con un poder mayor que el que había poseído jamás cualquier mortal, blandiendo un arma tan maligna que estaba incluso prohibida por los dioses, y aun así no había logrado detener a las fuerzas del Caos.

Sus ejércitos habían invadido Ulthuan y aplastado la última resistencia de los elfos. Aullantes hordas de hombres bestia enloquecidos por la sangre atravesaban y destrozaban las últimas defensas. Ejércitos de mutantes vencían a los últimos guardianes de la isla-continente. Legiones de demonios se divertían en las ruinas de las ciudades ancestrales.

Tras décadas de guerra, el Caos era más fuerte que nunca, y el pueblo de Aenarion estaba al cabo de sus fuerzas. La victoria

era imposible. Había estado loco al pensar que podría ser de otra manera.

Devolvió la vista a su propio campamento. En otros tiempos habría considerado que su ejército era poderoso. Centenares de dragones dormían entre los pabellones de seda que se encontraban desplegados por la cumbre de la montaña. Decenas de miles de guerreros elfos acorazados esperaban sus órdenes. Se lanzarían al ataque una vez más si él daba la orden, a pesar de verse superados en número en más de veinte a uno. Teniéndole al mando podrían incluso vencer, pero sería una victoria infructuosa. El ejército del Caos que se extendía al pie del acantilado era tan sólo uno de muchos. Había otros ejércitos, igual de numerosos y mucho mayores, repartidos por todo Ulthuan y, por lo que sabía, por el resto del mundo. No podría vencerlos a todos con las fuerzas de las que disponía.

Dio media vuelta y regresó al interior de su pabellón. Resultaba fútil contemplar el tamaño de las fuerzas enemigas.

Desvainó la Espada de Khaine. Refulgía con un negro infernal que proyectaba sombras voraces que amortecían la luz de las lámparas que colgaban en el interior de la gran tienda de seda. A lo largo de la hoja forjada en un metal desconocido ardían runas rojas. La espada le susurraba obscenidades en un millar de voces, y todas ellas, ya fueran autoritarias, suplicantes o seductoras, exigían la muerte. Era el arma más poderosa jamás forjada, y aun así no era suficiente. Pesaba en sus manos con toda la carga del fracaso. Por todo el bien que le había hecho, más le habría valido continuar usando a *Colmillo Solar*, el arma que había hecho Caledor para él cuando todavía eran amigos.

La espada estaba matándolo poco a poco, drenándole la vida gota a gota. Cada hora que pasaba lo envejecía lo que un día entero a otro elfo. Sólo la vitalidad sobrenatural que había adquirido al atravesar la Llama de Asuryan le había permitido sobrevivir durante tanto tiempo, pero ni siquiera eso duraría siempre.

Si la espada no era alimentada con vidas, lo devoraba a él. Era parte del pacto maléfico que había hecho cuando aún pensaba que era posible salvar el mundo, cuando todavía se tenía por un héroe.

Morathi se movió en sueños y sacó fuera un brazo, que apartó la colcha de seda y dejó a la vista un pecho perfecto; un mechón de su larga melena negra rizada quedó atrapado entre sus labios al contonearse, sumida en algún sueño erótico. Las pociones aún surtían efecto en ella; aún podía conciliar el sueño, por inquieto que éste fuese. Hacía mucho que las drogas habían dejado de servirle, aunque las tomara en dosis que habrían matado a cualquier otro.

El vino no sabía a nada. La comida tampoco tenía sabor. Vivía en un mundo de sombras móviles mucho menos vívido que el que había conocido cuando era mortal. Había renunciado a mucho para salvar a su pueblo: a sus ideales, a su familia, a su alma.

«Mátala. Mátalos a todos.»

Las voces antiguas y maléficas de la espada susurraban constantemente dentro de su cabeza. En el silencio de la noche aún podía no hacerles caso. Había habido ocasiones, cuando se apoderaba de él una demente sed de sangre, en las que no podía desoírlos, y había cometido actos que lo hacían arder de vergüenza y desear que el vino todavía le hiciera efecto para hallar olvido en él.

Si hubiera quedado tiempo suficiente, habría llegado un día en que ya no habría podido resistirse a las insistentes peticiones de *Matadioses*, y nada habría estado a salvo cerca de él. Si el demonio no acababa con el mundo, lo haría Aenarion.

Rió suavemente. Rey Fénix, lo llamaban entonces. Había atravesado las llamas sagradas y, al salir por el otro extremo, en lugar de quemarse, se había vuelto más fuerte, más rápido y más vivo de lo que podría estarlo cualquier mortal. Se había ofrecido él mismo en sacrificio para salvar a su pueblo cuando los dioses habían rechazado a todos los demás, y éstos habían aceptado la carne y el sufrimiento de Aenarion como ofrenda y lo habían enviado de vuelta, transformado, para que llevara a cabo la obra de los dioses.

Había muerto y renacido el día en que había atravesado la Llama de Asuryan, y había atisbado cosas que habían destruido

su cordura. Había visto el vasto mecanismo dañado del universo ordenado, y lo que había por debajo y más allá de éste.

Había contemplado el Caos que borbotaba alrededor de todas las cosas durante toda la eternidad. Había observado la sonrisa en la cara del dios demonio que esperaba para devorar las almas de su pueblo. Había visto que los parientes del dios demonio usaban los mundos como juguetes y las poblaciones como esclavos. Había vislumbrado los grandes agujeros que tenía el tejido de la realidad, a través de los cuales entraban el poder y los servidores del dios demonio para conquistar el mundo de los elfos.

Había sido testigo de eternidades de horror y había sido creado otra vez, con una nueva forma, renacido para luchar. Entonces había intentado con todo su nuevo poder salvar a su pueblo de la ola de inmundicia demoníaca que inundaba el mundo.

Al principio pensó que podía vencer. Los dioses lo habían dotado de un poder superior al de cualquier mortal. Él lo había usado para liderar a los elfos en una victoria tras otra, pero cada triunfo les había costado vidas irremplazables, y por cada enemigo que caía, acudían dos más a ocupar su lugar.

Entonces no se había dado cuenta de que todo aquello era un chiste cósmico de humor negro. Él sólo estaba ralentizando la destrucción de su pueblo, haciéndola más dolorosa al prolongar la agonía.

Había tomado a la Reina Eterna por esposa, y ella le había dado dos hijos perfectos, una promesa de un mañana mejor, o al menos de que aún habría un mañana. Por aquel entonces él así lo había creído, pero su familia le había sido arrebatada y asesinada por los demonios. Al final, no había sido capaz de proteger a su propia familia, y esa pérdida le había arrancado el corazón.

Fue entonces cuando buscó la Isla Marchita y a la *Matadioses*. Se trataba de un arma que nunca debería haber sido extraída del altar de Khaine, pero él se la había llevado. Si los dioses le habían dado fuerzas, la espada lo había vuelto casi invencible. Allí por donde él pisaba, los demonios morían. Allí donde él comandaba, la victoria era inevitable. Pero no podía estar en todas partes, y las

fuerzas que se le oponían se fortalecían cada día, mientras que el número de sus seguidores iba mermando cada vez más.

La maldad de la espada se le había metido dentro y le había cambiado, volviéndolo más colérico y menos cuerdo a medida que la situación se le iba poniendo cada vez más en contra. Sus más íntimos amigos lo habían rehuido y el pueblo que había jurado salvar se había alejado, dejando sólo endurecidos restos amargados, elfos tan coléricos y mortíferos como él mismo, una legión de guerreros casi tan dementes y retorcidos como los enemigos con quienes se enfrentaban. También a ellos les había cambiado la funesta influencia de la espada. Él le había enseñado demasiado bien a su gente cómo hacer la guerra.

Un estado de terrible desesperación se había apoderado de él, y en ese oscuro período de su vida había encontrado a Morathi. Miró su hermoso cuerpo dormido, detestándola y deseándola a la vez. Lo que tenía con ella no podía llamarlo amor. Dudaba de que fuera ya capaz de sentir afecto y ternura, aunque fuese por una mujer menos retorcida que la esposa que tenía en ese momento. Aquélla era una loca pasión enfermiza. En las caricias de Morathi había hallado un cierto alivio a sus problemas, y en la salvaje manera de hacer el amor con ella había hallado distracción de sus preocupaciones.

Ella le había preparado pociones que, durante cierto tiempo, le habían permitido dormir y casi le habían devuelto la calma. También le había dado un hijo, Malekith, y le había enseñado que todavía tenía una chispa de sentimiento en su interior. Una vez más, él había encontrado algo por lo que luchar y volver a la refriega, si no con esperanza, al menos con determinación. Pero en ese momento, pasado mucho tiempo, por fin se daba cuenta de que todo había acabado, de que sus enemigos vencerían y de que su gente estaba sentenciada a muerte y a una eterna condenación.

Lo puso sobre aviso un resplandor que apareció en el aire. Largas sombras de contorno bien definido se alejaron de él. Se volvió,

con la espada preparada para atacar, y contuvo su mano apenas en el último segundo.

—Aenarion, ¿puedes oírme? —preguntó una voz de espeluznante suavidad que parecía llevada por una brisa funesta desde los desolados márgenes del mundo.

Caledor estaba allí de pie, o al menos lo estaba su imagen, un brillante fantasma traslúcido, proyectado desde muchas leguas de distancia por el poder de la magia del mago. Aenarion estudió a su antiguo amigo. El mago más poderoso del mundo parecía medio muerto. Su cuerpo estaba consumido, tenía las mejillas hundidas y su cara parecía una calavera. Caledor había usado su poder para disciplinar sus facciones con el fin de que mostraran una expresión de impasibilidad, pero en sus ojos destellaba el terror. Era algo que no se le escapaba nunca a ningún elfo.

—Aenarion, ¿estás ahí?

La imagen osciló, y Aenarion supo que lo único que tenía que hacer era esperar y la imagen se desvanecería conforme desapareciera el hechizo. No quería hablar con quien le había vuelto la espalda, con quien se había alejado de la destrucción hacia la que pensaba que Aenarion estaba conduciendo a su pueblo.

Se tragó las palabras coléricas y reprimió la furia que ardía en su pecho. En los momentos de mayor lucidez sabía que Caledor había hecho lo correcto al sacar a una parte del pueblo de la sombra de la espada y de la perdición que Aenarion llevaba en su interior.

—Estoy aquí, Caledor —dijo Aenarion—. ¿Qué quieres de mí?

—Necesito tu ayuda. Nos asedian por mar y tierra.

La risa de Aenarion fue amarga.

—¡Ahora necesitas mi ayuda! Me diste la espalda, pero no tienes escrúpulos en pedirme ayuda cuando la necesitas.

Caledor sacudió la cabeza con lentitud, y Aenarion vio que lo devoraba el agotamiento. El mago estaba al límite de sus fuerzas. Sus últimas reservas de energía se agotaban. Sólo la voluntad lo mantenía en pie.

—Yo nunca te di la espalda a ti, amigo mío, sino sólo al objeto maldito que cargas y a la senda en la que pusiste los pies.

—Viene a ser lo mismo. Yo vi el camino que salvaría a nuestro pueblo. Tú, con tu arrogancia, te negaste a seguirlo.

—Hay algunos caminos que es mejor no recorrer, aunque sean la única vía para escapar de la muerte. Tu senda nos haría peores que aquello a lo que nos enfrentamos. Sería tan sólo un tipo de derrota diferente. Al final, nuestros enemigos ganarían en cualesquiera de los dos casos.

Muy en el fondo, Aenarion estaba de acuerdo, pero era demasiado orgulloso como para admitir su locura, así que, en vez de eso, descargó su amargura y su ira.

—Maldito, me llamaste. Maldito hasta el fin de los tiempos, y que mi semilla sería por siempre maldita. ¿Y te atreves a pedirme ayuda?

—Yo no te maldije, Aenarion. Tú te maldijiste a ti mismo cuando te apropiaste de esa espada. Tal vez ya te habían maldito antes de eso. Yo sé que siempre fuiste el elegido del destino y eso, en sí mismo, es una especie de maldición.

—Ahora que necesitas mi ayuda intentas manipular tus palabras y darles un significado meloso.

La ira cruzó el rostro de Caledor. Sus labios se fruncieron en una mueca desdeñosa.

—El mundo se acaba y aun así pones por delante tu orgullo. Para ti es más importante que la vida, la vida de tu propio pueblo. No me ayudarás a causa de las duras verdades que una vez te dije. Eres como un niño, Aenarion.

Aenarion rió.

—No he dicho que no vaya a ayudarte. ¿Qué quieres?

—Sólo hay una manera de salvar a nuestro mundo. Ambos lo sabemos.

—Entonces tienes intención de poner en práctica tu plan, entonar tu hechizo e intentar desterrar la magia del mundo.

—No es eso lo que busco, y tú lo sabes.

—Morathi dice que ése será el efecto de lo que haces.

—Dudo que tu esposa sepa más de magia que yo.

—¿Y ahora, a quién le pierde el orgullo, Caledor?

—Las puertas de los Ancestrales están abiertas. Los vientos de la magia las atraviesan como un huracán. Éstos transportan la energía que hace mutar a los humanos y que permite que los demonios puedan morar aquí. Sin esa energía, deben abandonar nuestro mundo para no morir. Es la verdad. Hemos construido una poderosa red de hechizos para canalizar esa energía, para drenarla, para usarla para nuestros propósitos. Lo único que necesitamos hacer ahora es activarla.

—Hemos hablado de esto un centenar de veces. Demasiadas cosas podrían salir mal.

—Estamos muriendo, Aenarion. Dentro de poco no quedará ninguno de nosotros para oponerse al Caos. Lo hemos intentado a tu manera. No ha funcionado. Las fuerzas del Caos son más fuertes ahora que el día en que atravesaste la Llama.

—Eso no es culpa mía, hechicero.

—No, pero es cierto.

—¿Así que solicitas mi permiso para poner a prueba tu plan?

—No.

—¿No?

—Ya hemos empezado.

—¿Te atreves a hacerlo cuando yo lo había prohibido?

—Eres nuestro líder, Aenarion. Nosotros no somos tus esclavos. Ha llegado la hora de echar los dados por última vez.

—Soy yo quien decidirá cuándo se hará eso.

—Es demasiado tarde para intentar cualquier otra cosa, Rey Fénix. Si no se hace ahora, no se hará jamás. Las fuerzas a las que nos enfrentamos serán demasiado poderosas. Tal vez lo sean ya.

—Si has decidido desafiar mi voluntad, ¿por qué te molestas en contármelo?

—Porque los demonios perciben nuestro propósito e intentan detenernos, y no tenemos fuerza para impedirselo.

—Así que queréis que yo y los míos os protejamos, a pesar de vuestro desafío.

—Somos todos un mismo pueblo. Ésta será la última batalla de los elfos. Si no deseas estar presente, será porque tú lo decidas.

—Habrá otras contiendas.

—No. Ésta será la última. Si nuestro hechizo sale mal, las fallas que recorren el subsuelo de Ulthuan se abrirán y el continente se hundirá y ahogará a nuestros enemigos. Tal vez el mundo entero acabará.

—Y a pesar de eso, quieres hacerlo.

—No hay alternativa, Aenarion. Una vez me dijiste que el mío era el consejo de la desesperación y que encontrarías otra manera de ganar esta guerra. ¿Lo has hecho?

Tuvo ganas de hacerle tragar al mago sus palabras, pero era demasiado orgulloso y honrado para eso. Negó con la cabeza.

—¿Vendrás a la Isla de los Muertos? Te necesitamos.

—Lo consideraré.

—No lo pienses durante demasiado tiempo, Rey Fénix.

Caledor unió las manos, hizo una reverencia y desapareció. Morathi abrió los ojos de repente y gritó.

Aenarion se volvió a mirar a su esposa, que lo contemplaba como si mirase a un fantasma.

—No estás muerto, gracias a todos los dioses —dijo.

—Parece que no —replicó él.

—No bromees con ese tipo de cosas, Aenarion. Ya sabes que veo el futuro, y esta noche he tenido una visión en sueños. Se acerca una batalla. Si participas en ella, morirás.

—¿Y?

—Si te marchas de mi lado, morirás.

Él la miró fijamente, deseando preguntarle cómo lo sabía, pero sin atreverse a hacerlo porque temía la respuesta y lo que tendría que hacer si ella se la daba.

Morathi había estudiado durante mucho tiempo las costumbres de los enemigos y, según él sospechaba, se había acercado en exceso a ellos. Había momentos en los que no estaba seguro de a quién guardaba lealtad su esposa. Sólo sabía que lo miraba, igual

que él a ella, con una mezcla de lujuria, respeto, odio e ira. Constituía una potente pócima embriagadora que había alimentado muchos días memorables, y noches aún más memorables.

—Todo el mundo muere —le dijo él.

—Yo no moriré —replicó ella con seguridad—. Y tu hijo, Malekith, tampoco. Y si me escuchas, tampoco tú morirás. Si te marchas hoy, renunciarás a la inmortalidad. Quédate conmigo y vive eternamente. —Extendió una mano en un gesto de súplica. Por un momento, pareció que iba a implorar de verdad. Ella nunca haría eso. Y sin embargo...

—Eso no es posible —se apresuró a decir él, para romper la magia del momento.

—Eres el Rey Fénix. Para ti es posible cualquier cosa.

—Con independencia de qué más sea, soy un guerrero, y la de hoy podría ser la última batalla que los elfos vayan a librar jamás.

—Vas a ir a ayudar a ese estúpido de Caledor con su plan demente —dijo ella enfadada. La furia no la afeaba, sino que la hacía más hermosa y peligrosa.

Él la miró fijamente, impávido. Ella nunca le había dado miedo, y él sospechaba que eso la intrigaba. Probablemente era el único a quien nunca había intimidado la cólera de su esposa.

—Es la única manera de que podamos ganar esta guerra. Ahora lo sé —respondió él con calma, porque sabía que eso la irritaría aún más.

—Y yo te digo que si vas, morirás.

Él se encogió de hombros y empezó a ponerse la armadura. Mientras cerraba los broches, pronunció las palabras que activaban su poder latente. Titánicos campos de magia protectora rielaron para rodearlo. Potentes hechizos aumentaron su ya enorme fuerza. Conformaban una barrera que lo separaba de ella, pero con la que en ese momento quería contar.

Ella avanzó hacia él con los brazos extendidos en gesto de súplica.

—Por favor, quédate conmigo. No quiero perderte para toda la eternidad.

Como siempre, él quedó atónito por la hermosura de su esposa. Dudaba que jamás hubiese existido una mujer tan adorable como Morathi. Al mismo tiempo, su belleza le dejaba indiferente. No ejercía ningún poder sobre él. Nunca lo había ejercido. Y sabía que, de algún modo, ése era el secreto del poder que ejercía sobre ella. Otros elfos podrían volverse locos de vehemente deseo y lujuria por ella. Pero él no. En su interior había una frialdad que ella no podía tocar, aunque nada podía impedir que lo intentara.

Él se puso los guanteletes y extendió un brazo para tocarle la mejilla con su mano acorazada. No pudo sentir la suavidad de la piel de Morathi, pero eso no era nada raro. No sentía ni placer ni dolor, como le sucedía a la mayoría de los mortales después de atravesar la Llama.

—Volveré —dijo.

Ella sacudió la cabeza con un gesto de absoluta irrevocabilidad.

—No. No volverás. Eres un estúpido, Aenarion, pero te amo.

Las palabras quedaron flotando en el aire. Era la primera vez que las pronunciaba.

Ella se quedó allí de pie, esperando a que él dijera algo, con una súplica evidente en los ojos. Él sabía lo mucho que le había costado decir semejantes palabras. No oír ninguna respuesta tenía que resultarle humillante a una persona tan orgullosa como ella.

No había nada que él pudiera o quisiera decir. Había amado a una sola mujer en toda su vida y estaba muerta, junto con los hijos que le había dado. Nada podía cambiarlo. Nada lo cambiaría jamás.

Morathi era simplemente perversa, y lo había atraído hacia su perversidad. Hasta en ese último instante intentaba evitar que fuera a enfrentarse con sus adversarios. Y fue entonces cuando tuvo la certeza de que ella se contaba entre sus propios enemigos y los de su pueblo, y que siempre sería así.

«Mátala», susurró la espada.

Les haría un favor a los elfos si acabara con su esposa. Se quedó mirándola durante unos segundos, seguro de que ella sabía qué

estaba pensando, e igualmente seguro de que en ese momento a ella no le importaba de verdad lo que él hiciera.

Se le acercó más, como si lo desafiara a descargar el golpe. Él extendió un brazo, la atrajo hacia sí con brusquedad y presionó con fuerza sus labios contra los de ella, poniendo toda su lujuria, furia y odio en un largo beso brutal. Ella respondió del mismo modo, contoneándose contra su cuerpo encerrado en metal hasta que él la apartó de un empujón y vio que su cuerpo desnudo sangraba por una docena de sitios al haberse herido la piel contra las aristas de la armadura.

Él le dedicó una sonrisa salvaje, giró sobre sus talones y abandonó el pabellón sin pronunciar una sola palabra. Le pareció oírla llorar al marcharse. Se dijo que no le importaba.

Indraugnir se erguía ante él como una montaña viviente. La superficie de las alas del dragón tapaba el cielo. Tenía la cabeza inclinada hacia abajo sobre la titánica columna de su cuello. Aenarion miró sus extraños ojos destellantes y vio en ellos la misma ferocidad y la misma ira que le invadían a él. El dragón percibió su estado anímico alterado y respondió con un bramido. Los otros dragones secundaron ese grito de guerra, hasta que las montañas a su alrededor resonaron como si hubiera rugido un trueno.

Sonaron cuernos para llamar a los elfos a la guerra. Los jinetes de dragones corrieron a saludar a la aurora, empuñando sus largas lanzas, ajustándose sus resplandecientes armaduras, haciendo rielar el aire con los encantamientos de sus pertrechos. Los mozos sujetaron sillas de montar y arneses al cuello de los dragones. El aire olía a azufre, a cuero y al mortífero aliento gaseoso de las grandiosas bestias.

Todos los ojos estaban ya puestos sobre el Rey Fénix. El ejército al completo lo contemplaba. Todos eran adustos elfos marcados por cicatrices, con ojos de mirada dura y un gesto cruel en la boca. Todos ellos habían sufrido en aquella larga guerra. Todos ellos estaban consumidos por un demente odio contra los enemigos que Aenarion entendía demasiado bien. Todos sabían que los habían

llamado para realizar un esfuerzo tremendo. Más allá de ellos formaban numerosas filas de soldados de tierra que serían inútiles en la batalla que se avecinaba. No podrían llegar a la Isla de los Muertos con la rapidez necesaria para participar en ella. Esperaban que hablara. La magia de la armadura del dragón transmitió su voz de tono tranquilo y mesurado hasta las unidades más alejadas del ejército allí reunido.

—Me habéis seguido hasta un lugar lejano. Algunos de vosotros tendréis que seguirme un poco más. Tenemos que viajar muy lejos y con rapidez, y sólo los que montáis dragones seréis lo bastante veloces como para seguirme. El resto de vosotros debéis quedaros aquí y proteger a mi reina.

En los rostros de los soldados de infantería y caballería vio luchar el enojo contra el orgullo. Sabían que ya había perdido una esposa y no permitirían que perdiese otra. Aquellas tropas lo habían seguido a través de un infierno y, a su manera fría y cruel, lo querían.

—Aquellos de vosotros que os quedéis tendréis que proteger este lugar y resistir. A partir de hoy podríais ser los últimos elfos del mundo. Será necesario que sigáis a mi reina y a mi hijo, y que reconstruyáis el reino pase lo que pase.

En la voz del Rey Fénix oyeron, al igual que lo oyó Aenarion, la certeza que él tenía de su propia muerte. Implícitamente, les había dado instrucciones para la sucesión. Aquellos veteranos se asegurarían de que fueran ejecutadas. Volvió la atención hacia los jinetes de dragones, la élite de la élite, los más grandiosos guerreros de los elfos. Hizo una pausa momentánea y dejó que su mirada pasara por todos ellos, mirando a cada soldado a los ojos. Mientras hacía esto, Indraugnir volvió a rugir, y los otros dragones recogieron el grito a coro hasta que retumbó en la montaña.

—Hoy libraremos nuestra última batalla. Hoy, para bien o para mal, esta guerra acabará —gritó, y su voz se hizo oír incluso por encima del bramido de los dragones—. Hoy partiremos de este lugar hacia la victoria o hacia la muerte. Ceñíos vuestra armadura. Preparad las lanzas. ¡Adelante!